

**Pregón de las Fiestas  
celebradas en Villaescusa de Haro  
por los *idus* de agosto de 2006,  
en honor de la Virgen del Favor y de la Ayuda**

Hasta Villaescusa de Haro,  
lugar de rancio abolengo  
tan recamado de piedras  
como surtido de quesos;  
tan aliñado de historia,  
nobleza y cristianos viejos  
que alumbra niños con mitra  
como otros crían conejos,  
y en lugar de cantar nanas  
a sus retoños más tiernos  
los mece entre gregorianos  
para que no salgan legos;  
tan mimado de Atenea,  
de Minerva tan dilecto  
que tiene Universidad  
con un único sujeto  
que es, en sí mismo, rector,  
bedel, alumno y maestro  
(mi amigo Adolfo Martínez,  
este Cicerón manchego  
que labra con libros libres  
los surcos de estos terrenos,  
e igual enseña a guisar  
una liebre en el caldero  
que a descifrar los latines  
de San Juan Nepomuceno,  
o a buscar, entre el rastrojo,  
algún putón verbenero...);

a Villaescusa –decía,  
digo y seguiré diciendo

mientras me preste atención  
este auditorio selecto  
que ya empieza a amodorrarse  
por el rollo macabeo  
que estoy soltando, o tal vez  
por el implacable efecto  
del tempranillo, que lleva  
desde temprano corriendo—,  
hoy, vecinos y comadres,  
artesanos y labriegos,  
ganapanes y alguaciles,  
chorizos y picoletos;  
mozas, señoras, ancianas,  
niños, adultos, abuelos;  
naturales y foráneos,  
merengues y colchoneros;  
manchegos y castellanos  
(o castellano-manchegos);  
maestros y colegiales,  
eruditos y catetos;  
devotos de San Isidro  
o a la Virgen más propensos,  
o tal vez al Santo Cristo  
de la Expiración adeptos;  
sacristanes, monaguillos,  
curas de misa y puchero,  
párrocos y capellanes  
de la Iglesia de San Pedro;  
mozos que os constituís  
en Comisión de Festejos  
y, entre ajustes del programa,  
vais pellizcando sin miedo  
con una mano a las mozas  
y con la otra, al presupuesto;  
Reinas y Damas de Honor  
cuyos palmitos esbeltos  
llenan de satisfacción  
las calles del pueblo entero

y hacen que, en la Comisión,  
se alce, orgulloso, algún miembro;  
mercaderes del mercado,  
concejales del Concejo,  
escolares de la escuela,  
beatas del beaterio,  
agricultores del agro,  
pastores del pastoreo,  
puteros del puticlub  
y monjas del monasterio;  
fuerzas vivas del lugar  
y muertas del cementerio,  
y Autoridades locales  
que autorizáis este evento  
y me otorgáis la palabra  
y me honráis como vocero  
sin saber que estáis nombrando  
a un pirómano, bombero...;

hoy, insisto, me he llegado  
—como os venía diciendo  
a todos los susodichos  
y a quien quede en el tintero—,  
hasta Villaescusa de Haro  
con el sopor agosteño,  
a soltar este pregón,  
catar vuestro vino añejo,  
holgarme en las zarabandas  
de los bailes nocherniegos,  
probar algo de matanza,  
echar —si aún valgo— los tejos  
a alguna zagala en puntas  
que entre al trapo que le tiendo,  
emborracharme despacio,  
desperezarme muy presto,  
mear —no sé si a hurtadillas—  
en la tapia del convento,  
pasar por la ventanilla

de este regio ayuntamiento,  
presentar mis honorarios,  
cobrar..., y salir corriendo  
(como alma que lleva el diablo,  
como vaca sin cencerro,  
como enemigo que huye,  
como galán satisfecho,  
como pollo sin cabeza  
o como pícaro hambriento  
que, capturado el botín,  
tomar las de Villadiego;  
como mejor os parezca  
pero corriendo..., ¡corriendo!,  
si es a galope tendido  
mejor que a paso ligero).

Alcalde, ¿por qué se os muda  
la color en ese gesto  
que hace bien poco lucía  
tan jovial como sereno?;  
Ediles, ¿ya no reís  
las gracias al pregonero,  
ni celebráis sus donaires,  
sus chanzas y pitorreos?  
Mozos, ¿qué hacéis rellenando  
el pilón del lavadero  
y haciendo acopio de cantos,  
tomates pochos y huevos?  
Adolfo, ¿por qué reniegas  
de este tu amigo indiscreto  
y, fingiendo que me ignoras,  
miras, cabizbajo, al suelo?  
Señores ¿a qué este asombro,  
este amargo desconcierto,  
este hacerse tantas cruces  
por lo que todos sabemos?  
¿Acaso es novedad grande  
o importuno atrevimiento

Nadie podrá hacer justicia  
—aunque ponga sumo esmero  
en aquilatar su estilo  
al esplendor del objeto—  
a la sobriedad compacta  
de ese Pósito longevo  
cuya imponente fachada  
protege con justo celo  
la inesperada riqueza  
del artesonado excelso  
con que su preclaro artífice  
quiso prestigiar su techo.  
Ningún pregonero al uso  
—y yo, desde luego, menos—  
tendrá la palabra exacta  
ni el vocablo pinturero  
para pintar la silente  
grandiosidad del convento  
de las madres Justinianas,  
en cuya Iglesia, por dentro,  
ese Santísimo Cristo  
de la Expiración, con duelo,  
muestra a quien se acerca humilde  
a consolarse en su ejemplo,  
la serenidad precisa  
en el tránsito postrero.  
Y los mensajes callados  
de aquellos muros decrepitos  
que antaño fueron refugio  
de Dominicos severos,  
¿quién se atreverá a cifrarlos  
en papeles volanderos,  
si con su elocuente ruina  
y el quebranto de sus restos  
cuentan, con lenguas de piedra  
y signos de musgo seco,  
a quien se para a escuchar,

con detalle y con acierto  
siquiera una cuarta parte  
de la hondura y el misterio  
de estas piedras centenarias,  
de estos edificios pétreos,  
de estas calles y estos campos  
que piden, mejor que el huero  
decir de un pregón manido,  
reflexión en el silencio,  
contemplación emotiva,  
meditación y sosiego?  
¿Qué Demóstenes de hogaño,  
qué Quintiliano moderno,  
qué Castelar de este siglo  
ya vigésimoprimerero  
sabría dar con el tono,  
la prosodia y el acento  
de una voz capaz de hablar  
reproduciendo los ecos  
con que llama a recogerse  
la campana de San Pedro?

Nadie, sin duda, podría  
reflejar con los trebejos  
pobres, los viejos recursos,  
y los sobados enxiemplos  
que la retórica al uso  
autoriza a un pregonero,  
la riqueza de matices  
de ese retablo soberbio  
que en la sagrada Capilla  
de la Asunción, luce espléndido,  
mostrando el astral camino  
del gótico al plateresco,  
bajo ese casco estrellado  
cuyos bien templados nervios  
compiten con la firmeza  
de la bóveda del Cielo.

en la abstracción de su texto,  
el esplendor y la gracia  
de este cabal monumento  
que es Villaescusa de Haro  
por de fuera y por de dentro?  
Pues ya os digo yo que no,  
y, a mayor abundamiento,  
de mí bien puedo afirmar  
—yendo a mi caso concreto—  
que ni sabría expresar  
lo inefable en estos versos,  
ni, aunque pudiera, osaría  
a hacer el menor intento;  
pues, aunque me sé atrevido,  
deslenguado y desenvuelto,  
¿quién soy yo para encomiar  
los tesoros manifiestos  
con que esta villa de marras  
maravilla al mundo entero?  
¿Cómo puedo pretender,  
con mi cortedad de ingenio,  
mi balbuciente elocuencia  
y mi emputecido estro,  
enaltecer vuestras piedras,  
celebrar vuestros cerebros,  
glorificar a esta Virgen  
que os ampara desde el cielo  
—y cuyo Favor y Ayuda  
fervorosamente ruego  
para salir triunfante  
del trance en que me habéis puesto—,  
festejar vuestra cocina,  
alabar los vinos vuestros,  
encarecer vuestros ritos  
y honrar a vuestros ancestros?  
Yo, que a fuer de hombre mortal,  
tan endeble como necio,  
tengo más culpas encima

sus centenarios secretos?

No seré yo, pues, quien turbe  
con la hosquedad de mi verbo,  
la paz de la Casa Grande,  
la quietud del lavadero,  
o la serena hermosura  
de la Plaza y sus linderos;  
¿pues cómo me iba a atrever  
a reducir al pequeño  
y pobre mundo cerrado  
de este vano palabreo  
lo que es elogio al espacio,  
canto al equilibrio austero,  
celebración de la luz  
y paz bajo el cielo abierto?  
Y de esa fuente romana  
—que, impasible al justiciero  
agravio del sol, del frío,  
de la lluvia y de los vientos,  
resiste con altivez  
a la vera del sendero,  
aplazando la sentencia  
inexorable del Tiempo,  
para dar la bienvenida  
o despedir al viajero...—,  
de esta fuente sobria y triste  
¿qué virtudes glosar puedo  
yo, que por mi condición  
de buey tirando a cabestro  
estoy más acostumbrado  
a usar el abrevadero?

Y llegados a este punto,  
Señores, de nuevo inquiero:  
¿En verdad dais en creer  
que haya orador o coplero  
capaz de plasmar con tino

mas ni a cantar lo divino,  
ni con lo humano me atrevo;  
porque a ver cómo podría  
glosar en su justo término  
la magnitud, el valor,  
la discreción y el talento  
de ese copioso aluvión  
de ilustres villaescuseros  
que en libro de la Historia  
están, desde antaño, expuestos  
(como don Diego Ramírez  
de Haro, doctor egregio,  
ducho en Teología y Cánones  
y maestro y consejero  
de aquella pobre heredera  
que enloqueció sin remedio  
antes de dar a su vástago  
las riendas de un nuevo Imperio;  
o don Sebastián Ramírez  
de Fuenleal, que hasta México  
llevó el amor, la equidad,  
la fe y el recogimiento  
y la paz episcopal  
que mamara en estos predios;  
o el insigne licenciado  
e ilustre varón discreto  
Gil Ramírez de Arellano,  
que se sentó en el Consejo  
de la Mesta, y educó  
a don Felipe Tercero;  
o el benemérito Padre  
Gabriel Vázquez, tan experto  
en materia filosófica  
como en teologales cuentos,  
que fue destinado a Roma  
por sus incontables méritos  
y, entre la grey jesuítica,  
fue de todos el primero

y más pecados confesos  
de los que amasaron juntos  
Judas, Mahoma y Lutero,  
¿voy a tener la osadía  
y el descarado deshonesto  
de comparecer aquí  
y con voz de fariseo  
publicitar los milagros  
de la Patrona del pueblo?  
Yo, que tanto juro en vano,  
que tanto injurio y ofendo,  
que ultrajo a todos los santos,  
a la Iglesia vilipendio,  
y por gusto y de continuo  
mortifico al Nazareno  
con gracias irreverentes  
y un sinfín de sacrilegios;  
yo, que abjuro y apostato,  
yo, que maldigo y blasfemo  
más que setenta truhanes  
enredados en un duelo  
a las tapias del burdel  
y bien cocidos de ajeno;  
yo, a quien llamó en un romance  
“galán, poeta y putero”  
mi amigo Félix Dativo  
—ese sabio belmonteño  
de quien muchos de vosotros  
sois discípulos directos—;  
¿voy a poner en mi sucia  
boca de truhán artero,  
en mi lengua viperina  
de agitador pendenciero,  
la loa a la Colegiata  
o a las ruinas del convento?

Pues no, Señores. Perdón,  
si incumplo el trato con ello,

pues, si no fallan mis cuentas,  
en Villaescusa han abierto  
los ojos al sol, catorce  
obispos, y no me atrevo  
a registrar las andanzas  
y logros de todos ellos,  
pues de este pregón de agosto  
haría bando de Año Nuevo.

Y, si no hablo de difuntos,  
si no quiero hablar de muertos,  
cuánto mejor es que calle  
sobre vivos y despiertos;  
porque la réplica airada  
de los finados no temo;  
pero el estacazo justo  
o el mamporrazo certero  
de algún noviete escamado  
o algún marido molesto  
son siempre más contundentes  
y descalabran más presto  
que todos los maleficios  
de la región de lo etéreo.  
Pensaba, por cortesía,  
clausurar este indigesto  
elogio de la locura  
que es ya un tocho mamotreto,  
con la obligada mención  
al sinfín de rostros bellos  
que dan fama a Villaescusa  
entre el femenino elenco  
de las mujeres machegas  
(de por sí, de gracias pleno);  
iba, pues, a derrochar  
los epítetos más tiernos,  
los adjetivos más dulces  
y los más finos conceptos  
sobre la Reina y las Damas

en dar al probabilismo  
forma, consistencia y crédito;  
o Luis Astrana Marín,  
filólogo de altos vuelos,  
sideral por su principio  
y batracio por su término,  
como dijo de él don Dámaso  
con ingenio chocarrero,  
al no poder criticar  
sus aciertos académicos...).

Acerca de estas figuras  
—y otras tantas que me dejo  
fuera de esta relación,  
aunque provoque con ello  
intensificar la inquina  
y acrecentar el cabreo  
de esos profetas de Adolfo  
que fruncen, con ira, el ceño—,  
de todos ellos, decía,  
antes callar que hablar debo,  
pues no tengo dignidad,  
ni agudeza, ni gracejo  
para ponderar con tino  
la altura de su intelecto,  
la fuerza de su carisma  
y la virtud de su ejemplo.

Perdonen, pues, Gil Ramírez,  
Diego Ramírez Sedeño,  
Antonio Ramírez de Haro,  
y don Alonso Granero,  
y Pedro Carlos Ramírez  
y el resto de píos clérigos  
que, naturales de aquí,  
en sus respectivos tiempos  
el hábito episcopal  
honrosamente vistieron;

de Honor que pueblan su séquito...;  
pero más vale que calle  
discretamente, que habiendo  
—como hay en este punto—  
honor y damas por medio,  
cuando no meto la pata  
meto baza, meto el cuevo,  
meto miedo, meto prisa,  
arremeto y me entrometo  
y, con tal de meter algo,  
sea lo que sea meto.

¡Benditas Damas de Honor  
y benditas, desde luego,  
aquellas otras que muestran  
con cálido desenfreno  
que, sin dejar de ser damas,  
el honor les trae al fresco!  
(porque yo, que soy de barrio  
—y aun diré barribajero—  
las prefiero sin honor,  
o con el honor “maltrecho”,  
y el salvohonor —que es el culo  
en la lengua de Quevedo—  
generoso y respingón,  
redondo, macizo y prieto).

En fin, que ya me deslizo  
y de nuevo me despeño  
por la pendiente del vicio,  
por la cuesta del exceso,  
por la que lleva a pecar  
contra el sexto mandamiento.  
Se ve que el toro va al trapo,  
que el lobo mata al cordero,  
que la cabra tira al monte  
y que yo jamás me enmiendo  
por más que el Favor, la Ayuda  
y otros celestiales premios

vierta sobre mí la Virgen,  
como inmerecido obsequio.  
Así que mejor me callo,  
y mis suburbios me vuelvo,  
no sin antes invitaros  
a gritar a pulmón lleno:  
¡Viva Villaescusa de Haro!,  
¡Vivan la villa y sus fueros!,  
¡Vivan sus catorce obispos  
(y a ver si nace uno nuevo,  
pues si llegamos al quince,  
conseguiremos el pleno).  
¡Vivan las gentes de aquí!  
¡Viva Ramírez (don Diego)!  
¡Viva la Virgen que honramos  
con estos magnos festejos!,  
¡Viva Castilla La-Mancha  
y su genio quijotesco!  
¡Viva el pueblo, y que le den  
tres cuartos al pregonero!

Madrid,  
14 de agosto de 2006.